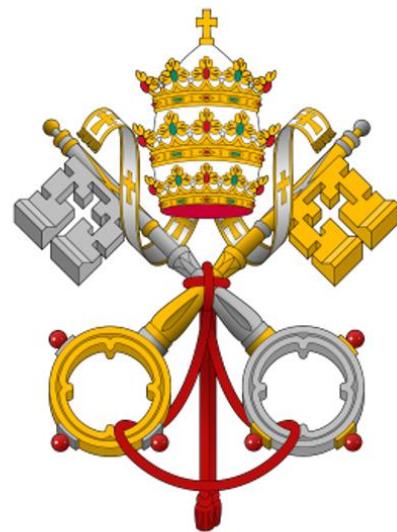
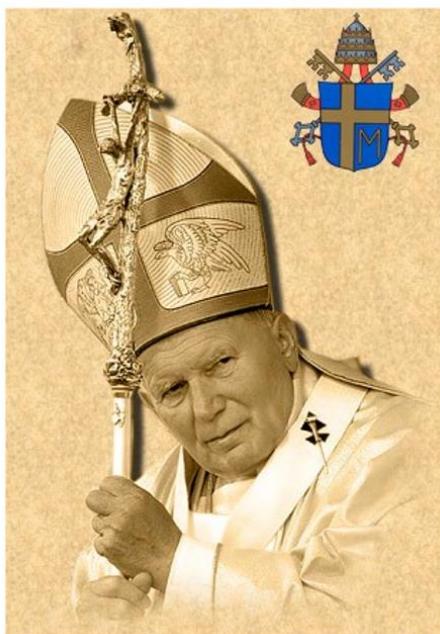


+RADICALMENTE

“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno conduce a mucho más allá de lo que se piensa: no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”.
S.S. San Pío X

Hace falta una cruzada de verticalidades



“La verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio.”
Cicerón (106 AC-43 AC)

30 DE OCTUBRE, 2022- VI.89

DE GENTE Y DE SANTOS EN TIEMPOS EXTRAÑOS **(LA IGLESIA NECESITA NADA MÁS QUE A CRISTO** **Y A SUS SANTOS)**

San Juan Pablo II apenas probaba alimento durante toda la Cuaresma.

Era tal su ayuno, que cuantos le rodeaban se preocupaban. En una ocasión se animaron a llamar a un muy íntimo amigo del Papa, y le suplicaron que hablara con nuestro jamás olvidado, enorme San Juan Pablo II, y tratara de animarle a ceder un poco en sus rigores.

Lo invitan una cena con el Papa. Con mucho cuidado y ternura, con todo el cariño que le tenía, la persona conversa con San Juan Pablo y le dice:

- Su Santidad, todos estamos muy preocupados por su salud y la rigurosidad de sus refacciones: nosotros lo necesitamos, la Iglesia necesita al Papa.

Siguió un largo, casi interminable silencio, durante el cual San Juan Pablo pareció muy entrado en sus pensamientos. Súbitamente se irguió, enérgico, y dando un golpe con un puño sobre la mesa dijo con fuerte voz:

- ¡No! La Iglesia no necesita al Papa; lo que la Iglesia necesita es santos.

Cristo, santos, y nada más, María primero. Todo apéndice sobra de arriba a abajo. Podemos prescindir de consejeros, de diálogos; no necesitamos aprobaciones tumultuosas, ni números ni encuestas, ni una chata Iglesia. Pirámides de santos que atraviesen como daga al mundo y lo incrusten al Padre. Que el leño vertical del crucifijo se hunda en lo profundo de los suelos y rasgue al mismo tiempo el infinito de los cielos.

Verticalidad, Santidad. No ambiciones, por nobles que parezcan y se ostenten. Santidad es fuego y es antorcha, espada en las que el puño del cruzado enrosque su rosario inquebrantable, aceros, santos que sean héroes, héroes que sean santos.

Da mihi animas cetera tolle, escribió Don Bosco en los pechos de sus hijos. Almas quería, y que se quedaran con lo otro todo.

¡Almas, Señor, almas! Danos a puñados almas "...que almas dispuestas a trabajar con heroísmo feraz. Porque no faltan en la tierra muchos, en los que, cuando se acercan las criaturas, descubren sólo hojas: grandes, relucientes, lustrosas. Sólo follaje, exclusivamente eso, y nada más. Y las almas nos miran con la esperanza de saciar su hambre, que es hambre de Dios. No es posible olvidar que contamos con todos los medios: con la doctrina suficiente y con la gracia del Señor, a pesar de nuestras miserias."

La Iglesia no es de pecados, no está abierta a ellos. La Iglesia es de pecadores que amen al Señor. Señor y amor. Miserias muchas. Y por cada miseria un perdón, unas rodillas que se hincan y gritan: Señor, hemos pecado. No dejamos la Iglesia para acompañar al empedernido, al contumaz, y entonces dejar los confesonarios abandonados, vacíos del cura que va a darle compañías en sus caminos al impío que quiere ser impío.

Plantar un confesionario en la entrada de cada templo como carácter bien distintivo de la misión. Vociferar al pecador, entra, entra por esta puerta que es muy estrecha, pero es la única puerta. Aquí estamos, la sotana puesta, la estola junto al cuello alzado, horas y horas, a lo Padre Pío, a lo Cura de Ars; a lo Cristo que elevó el perdón y el abrazo a la altura de sacramento, de gracia, de vida sobrenatural. Dejemos que los muertos entierren a los muertos y no busquemos a los curas en los cementerios. Si el cura no está en el confesionario, es porque está visitando enfermos entre los andrajos de las almas. Veinte horas en confesión, dos a la cabeza del impedido de ir al templo, y dos horas de sueño para poder empezar de nuevo.

Un acercamiento a la santidad de Dios, un nuevo encuentro en la propia verdad interior, turbada y transformada por el pecado, una liberación en lo más profundo de sí mismo, y, con ello, una recuperación de la alegría perdida, la alegría de ser salvados, que la mayoría de los hombres de nuestro tiempo han dejado de gustar, diría Juan Pablo que sólo fue Segundo del Primero.

Que sientan, que experimenten esa nostalgia de Dios y se acerquen a Él que les espera como el padre en aquella colina donde atisbaba el regreso que sabía que ocurriría cuando las bellotas se sintieran bellotas. No fue el padre a acompañarle en sus orgías. Dejó que cada una pesara en las espaldas, que añorara aquellos otros días con padre, con hermano, con más hombría.

Sabía que si iba no iba, que no cabía adonde el hijo estaba. Estaba con el otro, con el hermano aunque este no lo notara, aunque no supiera que lo del padre era también suyo y que poco añadiría una ternera. Había que aguardar para hacer fiesta.

Mira, mira dónde estaba la luz, la que buscabas. ¿No ves cómo refulge?



Es pequeño y grandioso, estrecho y amplio, y tiene al Cristo adentro, sentado en un banquillo duro y de ampollas, con la mano lista y levantada para decirte lo único que tus indignidades necesitan: Yo te absuelvo. Ve y no peques más- Pero si pecas, si me ofendes a Mí abofeteando al otro, aquí estaré, inmóvil, aguardando al abrazo, y otro y otros, hasta que te fundas en mi seno. ¡Ah!, y si no estoy cuando tú llegas, no te vayas muy lejos, es que estoy entre enfermos y ya regreso.

¿Te fijas?... la puerta entreabierta para que la empujes y le mires sin miedo. Tus piernas dobladas -de pie no cabes- contra la losa, tu alma que tira al firmamento. Tropiezas con su rostro de sangre y de espinas. Mudanzas: le enjugas porque está empapado y Él te besa ese tuyo tan seco.

Un confesonario. Un Nazareno rodeado de sus pecadores santos.